

—¿Y vuestro pescuezo?—dijo el cirujano.

—¡Oh!—dijo el húsar,—no hablemos de mí. Además, que el mejor medio de curarme á mí, es curarle á él. Sí, sí, yo me entiendo.

Solignac dormía cuando los cirujanos entraron en el cuarto.

Dupuytren fué de opinión, que no se le despertara en aquel momento, puesto que se acababa de dormir.

—Luego, señores, os explicaré el caso en todos sus detalles—dijo Dupuytren,—sin que, á mi parecer, haya necesidad de molestar al enferme.

Permanecieron algun tiempo junto al lecho de Solignac y en aquel momento el coronel, más bien amodorrado que dormido, oía vagamente como en sueños, como á través de algo opaco, por decirlo así, el ruido confuso de aquellas voces, que discutían en voz baja para no despertarle.

El herido sentía, adivinaba que allí había gente que hablaba y que hablaban indudablemente de él, que le miraban y se inclinaban de vez en cuando sobre él, pero no tenía fuerzas para despertarse completamente y experimentaba esa sensación de las pesadillas en las que ciertas imágenes nos asaltan sin que pueda uno desecharlas, con la diferencia de que la especie de visión y el zumbido que oía no eran desagradables y lejos de ahogarle, le halagaban.

Luego cesó el ruido á su lado y Solignac advinó que se había quedado solo. Los que un mo-

mento antes estaban junto á su cama se habían alejado y entonces, por una de esas raras impresiones tan frecuentes en los enfermos, sintió una angustia indecible ante la idea de que estaba solo; le parecía que iba á morir allí en aquel lecho como en el fondo de un foso y bruscamente abrió los ojos y se despertó por completo.

—¡Qué locura!—se dijo.—¡Ah! pobre cuerpo humano que el más pequeño pinchazo transforma en una máquina inútil, en débil harapo al que un soplo de viento condena á girar en todas direcciones!

Encontrábase con deliciosa voluptuosidad en aquella salita alegre, coquetamente amueblada, en la que todo revelaba la mano delicada de una mujer de gusto, y miraba á su alrededor con la atención infantil de los enfermos, hallándolo todo encantador.

No había notado que la puerta del saloncito que daba á una de las galerías del hotel había quedado abierta. Por allí habían salido los cirujanos llamados á consulta, y allí era en donde expresaban sus opiniones sobre el estado del enfermo y sobre la gravedad de la herida.

Un murmullo sordo y confuso llegaba á oídos de Solignac, sin que éste le prestara al principio atención alguna. Le parecía que aquellas voces, realmente bastante próximas, las oía muy lejanas, y hasta su confusión no le disgustaba.

Luego, de repente, llamó la atención del herido el timbre y el acento limosino de Dupuytren,



y oyó distintamente, á través de trozos de frase que no distinguía, estas palabras: *el coronel*, que repetía á menudo el cirujano.

Hablaban de él. Indudablemente debía haber allí otros cirujanos además de Dupuytren. Una curiosidad irresistible se apoderó del coronel. ¿Estaba realmente en peligro de muerte? Y si el destino lo había decidido, ¿cuánto días, por lo menos, le quedaban de vida? El deseo de saberlo dominó por completo al coronel. Haciendo un violento esfuerzo, incorporóse apoyándose en los codos, y escuchó con avidez; pero las palabras claras y distintas no llegaban todavía hasta sus oídos. Entonces se levantó, y tambaleándose, cogiéndose y apoyándose en los muebles, con un esfuerzo gigantesco que podía causarle la muerte instantáneamente, se acercó lo bastante á la galería para oír á Dupuytren, que explicaba á sus colegas el caso especial sometido á su diagnóstico.

—La herida del coronel—decía el cirujano—es una herida de las más peligrosas. La bala, dirigida de derecha á izquierda, y disparada seguramente de lejos y de lado, ha herido el esternon entre la tercera y cuarta costilla. Estas costillas, cuyo cartilago es muy corto, aplastadas por el proyectil, han amortiguado el golpe y la bala ha llegado con una muy débil proyeccion á la cavidad torácica. El coronel ha caído como ahogado, y podido hablar, y hasta andar un poco despues de haber sido herido, aunque ha perdido mucha sangre. Mi exámen escrupuloso ha comprobado un aplasta-

miento del lado izquierdo del esternon. Las dos costillas están molidas muy cerca de sus cabezas, y como sus cartilagos han sido destruidos y arrastrados dentro de la herida, la abertura de bordes negruzcos y como quemados es mayor, segun habreis notado, que la que produce generalmente, al desgarrar los músculos, una herida de arma de fuego.

—¿Adónde irá á parar?—pensaba Solignac, cuya cabeza empezaba ya á desvanecerse, teniéndose que apoyar en el respaldo de un sillón.

Dupuytren continuó:

—Ayer mismo busqué el proyectil. El trayecto de la bala me es conocido. Como la respiracion es natural y el movimiento de las costillas regular, puedo garantizar que el pulmon no está lesionado. El coronel respiraba, sin duda, con fuerza cuando le hirieron, y estando su pecho dilatado, el pulmon habia descubierto el corazon. Reconocido esto, he sondeado la herida con el estilete de plata y he extraido varias esquirlas de huesos y cartilagos, aquí presentes, y además un pedazo de paño que hallé tambien en la llaga. Ese fragmento de paño nos demuestra una cosa, y es que la bala no ha profundizado mucho en el torax. Esperé por un momento traer el proyectil á mi alcance al retirar el paño, pero todo ha sido inútil. La bala, evidentemente amortiguada, ha debido hallar un obstáculo redondo que ha causado inmediatamente una desviacion. Pues bien, ese obstáculo, ¿cuál es?



—¡No puede ser más que el corazón!—repuso una voz que Solignac no conocía.

—¡El corazón!—pensó Solignac, llevando instintivamente la mano á su costado izquierdo.

—Evidentemente—dijo Dupuytren.—No es imposible que un proyectil llegue hasta el corazón sin que el herido muera. Las contusiones del corazón no impiden á los heridos recorrer ciertas distancias. Es más, las balas pueden alojarse, incrustarse, por decirlo así, en el ventrículo derecho sin causar la muerte del individuo, como también se han visto algunas que, atravesando la mejilla, se incrustaban en la lengua. Sin duda conoceréis varios ejemplos de ello; por mi parte puedo citaros el caso de un soldado limosino, herido en el corazón en Marengo, cuya bala ningún cirujano se atrevió á extraer, y que murió en Pierre-Buffières hace dos años... de una pulmonía.

—Yo he retirado del ventrículo derecho de una anciana un alfiler que se había clavado en él,—dijo la voz que había hablado anteriormente.

Solignac se preguntaba si estaba soñando, si tenía fiebre, y lo que escuchaba era un delirio producido por ella. Sintiendo por momentos más débil, se agarraba al respaldo, con el afán de saber más, y sin saber por qué, le parecía ver la rubia cara de Luisa de Farges, que le sonreía y le suplicaba que viviera.

—Sí, quiero vivir, quiero vivir,—pensaba el coronel—¡vivir para amar, vivir para vengarme, vivir, vivir!...

—Estoy seguro—continuó Dupuytren—de que

la bala, en este caso, se ha alojado en un pliegue del pericardio y la hemorragia y los ahogos del herido me prueban que pesa sobre el corazón, en el ventrículo derecho. ¿Está desgarrado el pericardio? ¿La bala puede herir el corazón cayendo en la cavidad y determinar bruscamente todos los accidentes consecutivos? Lo temo, lo creo y lo afirmo, por cuya razón ante todo debemos condenar al enfermo á una inmovilidad absoluta.

—¿Inmovilidad?

Esta palabra causó una especie de terror á aquel militar que era la acción viviente, el movimiento personificado y que de pie, acababa de saber que, al levantarse, había espuesto su vida.

Aquella vida la había jugado mil veces en el campo de batalla y la livida faz de la muerte no había conseguido sino hacer que asomara una irónica sonrisa en sus labios; pero sucumbir así, en una asechanza vulgar; morir bajo el techo de una mujer digna de ser amada á la que es preciso abandonar en el momento de ir á decirla; ¡os amo! ese fin le parecía no solo lúgubre, sino ridículo y necio al hermoso Solignac que escuchaba las palabras de Dupuytren como el condenado oye leer la sentencia de boca del juez.

—Señores—proseguía el cirujano,—tengo el mayor empeño en que seamos todos de la misma opinión: ¿cuáles son las probabilidades de éxito, si intentamos la operación de extraer el proyectil? Me parece que ninguna. Al contrario, creo que es exponerse inútilmente á matar al enfermo. ¿Qué hacer entonces?



—Esperar,—dijo una tercera voz.

—Esa es mi opinion. Despues de haber examinado, por decirlo así, el pasado y el presente de la herida, veamos el porvenir. ¡Y bien, ó el caso actual se terminará por la eliminacion de la bala, saliendo de la llaga que permanecerá fistulosa ó se formará alrededor del proyectil un quiste que lo detendrá allí y la dejará alojada junto al corazon. En cuanto á practicar una contra-abertura para una operacion cualquiera, os aseguro que seria un peligro quizás mortal. Cuidemos, pues, al herido, y deseemos, como Ambrosio Paré, que otro poder le cure!

—Esa es mi opinion—repuso uno.

—Y la mia—dijo otro.

—Luego, quedamos — prosiguió Dupuytren á manera de conclusion, — en que lo que le conviene es la inmovilidad, el debilitamiento y las sangrias. Es preciso no dejar al herido más que la cantidad de sangre absolutamente necesaria. Y si escapa al peligro presente, le repetiremos que la menor emocion y el menor movimiento puede matar á un hombre á quien una bala enquistada amenaza á cada instante. El coronel Solignac vivirá, pero con esta amenaza á manera de espada de Damocles: «La bala que una vez ha perdonado, puede mataros. ¡Tened cuidado!»

Sea que estas últimas palabras, crueles é implacables como la verdad y la ciencia, hubiesen producido en Solignac una súbita revolucion, ó que el esfuerzo insensato que habia hecho para arrastrarse hasta la puerta, hubieran agotado

sus fuerzas imprudentemente sobreescitadas. sintió entonces en el lado izquierdo hácia la region del corazon un dolor terrible, y no pudiendo ya agarrar con sus desfallecidas manos el respaldo del sillón, cayó pesadamente sobre la alfombra, lanzando un agudo grito.

Creyendo que aquel desvanecimiento era ya la muerte, su último pensamiento fué un suspiro perdido hácia aquella condesa de Farges, que no se le habia aparecido más que para desaparecer. Sus labios moribundos, antes de cerrarse, murmuraron un nombre:

—¡Luisa!

Al ruido de la caída acudieron los doctores, y Dupuytren se dió con ira una palmada en la frente al ver al enfermo tendido en el suelo.

—¡Estaba escuchando! — dijo uno de los cirujanos.

—¡Eso es matarse voluntariamente!—esclamó Dupuytren.—¡Ah, desgraciado!

Trasladaron en seguida á Solignac á la cama. El desmayo fué largo y Dupuytren lo creyó mortal.

Luisa de Farges, pálida y azorada, se presentó en la galería.

—¿Qué sucede?— preguntó con angustia á uno de los doctores.

—Que la muerte pasa muy cerca de esta casa, señora. Quizás podamos alejarla, pero es preciso que el herido no sufra emocion alguna, ni haga un movimiento ni exhale un grito. El que está ahí es un moribundo, pero si sobrevive, el coronel Solignac, condenado á una inmovili-



dad absoluta, no será más que un cadáver viviente.

—¡El!—exclamó la condesa—¡Ah! ¡eso es imposible! ¡le salvareis! ¿no es cierto que le salvareis?

—Por poco—dijo Dupuytren que en aquel momento salía del salón azul—el coronel no ha muerto en nuestros brazos. Se había levantado, no puedo comprender por qué prodigio de fuerza y de energía, pero esa locura podía haberle matado en el acto. Señora, si quereis que el señor de Solignac viva, es preciso que permanezca clavado allí, en aquella cama, sin movimiento alguno, como si fuera un cadáver. De no ser así está perdido.

—Bueno, no se moverá,—repuso Luisa de Farges.

—Que se le vigile noche y día, y que siempre haya alguien á la cabecera de su cama. ¿Está aquí su asistente?

—Sí; pero aunque no estuviera ese soldado, alguien permanecería ahí para salvar al coronel.

—¿Quién?—preguntó Dupuytren.

—Yo, doctor.

El cirujano se inclinó con una cortesía que no carecía de admiración.

Dupuytren, como Luisa de Farges misma, achacaba á caridad una abnegación que quizás no estaba muy lejos del dominio del amor.

La noche de aquella severa consulta, Marcial Castoret, con el cuello envuelto en vendas é hilas, decía á Catalina Magnac con aire más de resignación que de terror:

—Mira, Catissu, la suerte es la suerte, y todo lo que se diga en contra es tontería. El coronel está en peligro, y yo no ando bien. Si el muere, yo moriré. Mi rasguño no parece nada, pues el diablo enviará una gangrena y se acabó.

Hay gentes que no tienen suerte, y yo ya no volveré á ver Limoges, ni la calle de la Boucherie, en donde el papá Hardouin me ha dado tantos pescozones y besos, ni el Naveix y el puente de piedra, adonde íbamos á ahogar el *Carnaval* el miércoles de Ceniza. Todo ha concluido, Catissu; no serás mi mujer; las cartas lo han predicho, y mira: si por casualidad la puñalada no me mata el mismo día que muera mi coronel, sería capaz de pegarme un tiro aquel mismo día, para no hacer mentir á la señorita Lenormand y no permanecer en el mundo cuando mi hermano de leche no esté en él.

—Le quieres más que á mí—dijo Catalina algo ofendida, pero risueña.

Castoret la miró con una mezcla de superioridad y cariño; luego, cogiéndola las manos entre las suyas de hierro:

—No—dijo sencillamente,—puedes creer que te amo cuanto me es posible amar; pero, ¿qué quieres? mujeres no faltan nunca en el mundo, y aún oirás decir á menudo que sobran; pero lo que escasea, mi querida, mi amada Catissu, mi futura esposa—si las cartas lo permiten,—lo que no se encuentra sino muy difícilmente... son buenos amigos!



